

¿Cómo demonios me he podido dejar meter en este asunto? ¡Soy completamente idiota! Tenía que haberme negado; tenía que haber sacado mi famoso temperamento y haberles dicho que si querían algo... fueran ellos. ¿Qué hago yendo yo sola a Bexonte?

En fin; a lo hecho, pecho. Estoy aquí, y voy camino de allá. ¡Ole!, parece una canción de Alberto Cortez. ¡Cuánto le gustaba a mamá! Yo creo que estuvo siempre un poco enamorada de él (y no me extraña); en su juventud era un hombre de los que le gustaban a ella: atractivo, fuerte, alto y romántico. ¡Hasta en eso nos parecemos!

Estoy muy nerviosa, y eso no es bueno para conducir. Esta noche no he podido pegar ojo: ni contar ovejitas, ni pensar en verdes prados, ¡nada!, los ojos como platos; y ahora me noto irritable y todo me molesta.

Voy a parar; me tomaré una *Coca-cola*, descansaré un poco y me tranquilizaré, y si llego al maldito pueblo... bueno, pueblo, a la maldita aldea, una hora más tarde, pues que llegue. Me ha esperado veinticinco años, así que por veinticinco años y una hora (parece una condena), no se va a morir nadie.

Pronto empezarán a mandarme *whatssaps*, a ver por dónde voy y cuánto me falta para llegar. No pienso contestar: «*El teléfono está apagado o fuera de cobertura*»...

Me siento incómoda en esta área de servicio; tengo la absurda sensación de que todo el mundo me mira. Creo que soy la única persona que

está sola. Los domingos casi todo son familias, o parejas que paran aquí para poder romper el monótono silencio y el hastío que se crea dentro de un lugar cerrado y pequeño como un coche. No se hablan en todo el camino, porque no hay nada de qué hablar. ¡Está todo tan dicho! ¡Está todo tan usado! Por lo menos, en el área de servicio encontrarán tema de conversación, criticando a todo el que se les ponga a tiro:

A la señora gorda que está comiendo con auténtica devoción una enorme hamburguesa...

—¡Hala!, luego dirá que se engorda del aire. ¡Sí, sí del aire!

O la extraña pareja que...

—Seguro que no son matrimonio; si llevaran casados tantos años como nosotros, ¿de qué se mirarían con ese arrumaco? Estos son amantes... ¡Fijo!

—...¿Y estos niños? ¡Por favor, qué insoportables! ¿Dónde demonios deben estar sus padres? Los sueltan como el que suelta el rebaño en el campo. Les importa un bledo que molesten a los demás; que lo vayan tirando todo; que griten, que corran o que salten.

—¡Fulaniiiiitooooo, para quieto! ¡Menganitaaaaaaa, no corras entre los pobres camareros, que están a punto de tirar todo lo que llevan encima de las bandejas, darse de morros contra el suelo y romperse los dientes, y van a tener que pasarse el resto de su vida con dos dientes menos, acomplexados cada vez que abran la boca (porque no van a tener dinero para ponerse unos nuevos), y cuando se miren al espejo van a maldecir a la hija de... (que soy yo) que dejó que Menganitaaaaaaa fuera como una cabra loca por aquella área de servicio!

No me gustan los niños; no por ser mujer he de tener la obligación de que se me caiga la baba cada vez que vea uno dentro de un cochecito. ¡No sé qué decirles! Me parecen ridículas las personas que empiezan a hablarles poniendo voces estúpidas y aflautadas (siempre me acuerdo de la película *Mira quién habla*). Y las que

empiezan: «¡Qué mono! ¡Qué precioso! ¡Es divino! Se parece a...». ¡A nadie, señora, no diga tonterías! Un renacuajillo de horas, ¿a quién se va a parecer? ¡A la comadrona, por haber sido la primera cara que ha visto!

No, definitivamente... ¡no me gustan! Bueno, en realidad tampoco es eso; no es que no me gusten los niños: no me gustan los niños «maleducados». Cuando me encuentro delante de niños con modales, que saben comportarse en todos los sitios y que da gusto «hablar» con ellos, me reconcilio con la humanidad.

En cuanto llegue a Bexonte, ya veremos lo que tardan en preguntarme por los míos. Y yo (como en tantas ocasiones) me disculparé, sin saber bien por qué tengo que hacerlo. Es mi opción de vida: por ahora no quiero tener hijos. Me parece maravilloso que Santi y Dorita tengan dos críos cada uno, adoro a mis sobrinos; pero eso no me hace ser ni mejor ni peor.

¿Y *ella*...? No, *ella* no me dirá nada. Me analizará y despedazará como el que disecciona a una lagartija, o el que analiza bajo un microscopio un trozo de uña encontrado en el lugar del crimen... ¿Por qué ha tenido que elegirme a mí para contarme este misterio que tiene en ascuas a mis hermanos desde que recibieron el telegrama? Sabe que nuestro odio es mutuo. Mis hermanos aún han seguido teniendo relación con *ella* después de... Yo jamás he querido volver a escuchar ni su nombre. Sé que tiene una frase para definirme, y que la escupe con desprecio: «*É igual que a súa nai*».

Si supieras, Balbina... «mi querida abuela», que es el piropo más grande que me puedes decir... ¡Ojalá cada día me pareciera un poco más a mi madre!

Mi hermana aún me quería hacer creer que, como está ya tan mayor, quiere ponerse en paz conmigo y darme un abrazo. No, querida hermanita; a ella le he importado un pito durante treinta y cinco años,

igual que vosotros, igual que todos. Nunca le ha importado nada ni nadie: solo ella misma. Ni su hija tampoco le importó jamás; al contrario, se escudó en el maldito honor y en la maldita reputación para sacársela de encima de la manera más cruel. ¿Qué clase de madre ha sido durante toda su vida? ¿Qué madre es capaz de quedarse en su mugrienta butaca, de su mugriento comedor, de su mugrienta casa, en vez de asistir al funeral de su propia hija?

¡Ah! Pero... ¡cómo lloró!, sentada en su mugrienta butaca, aseguraron los cuatro parroquianos del pueblo que fueron a darle el pésame por la terrible pérdida de su «queridísima hija». Y ella echaría cuatro lágrimas de cocodrilo, cuatro berridos y cuatro: «¡Ay Dios mío!, ¿por qué no te me has llevado a mí?», en lo que seguro que fue su mejor actuación teatral.

Estoy convencida de que cuando sus vecinos se marcharon de aquel extraño velatorio, sacó del armario una botella de orujo y se bebió un buen vaso: «A la salud de mamá», mientras una victoriosa sonrisa se le dibujaba en su repugnante boca. Y este «ser» es el que me espera en unas horas...

El viaje se le estaba haciendo insoportablemente largo. Casi 1.100 kilómetros, de punta a punta de España: Barcelona-Ourense, y de allí a la «magnífica» villa de Bexonte. Paula se daba ánimos medio sonriendo.

¡Venga muchacha, cuanto antes llegues, antes te vas! Tampoco puede ser el reencuentro tan horrible como te imaginas. Ya sabes que siempre pensamos que las cosas van a ser mucho peores de lo que luego realmente son. ¡Tú puedes con eso y con mucho más!

—*Seguro que virá?*

—*Si.*

—*Xa está en camiño?*

—*Si.*

—*Que alegría vela!*

—*Por que?*

—*Non sei.*

—*Pois se non sabes cala e mírate ao teu cuarto.*

—*Si, nai.*

«*Que alegría vela!*»... ¿Por qué Dios me ha castigado de esta manera? ¿Qué le hice yo para merecer esta condena? Tres hijos, tres trozos de mis entrañas y tres sufrimientos eternos, de por vida. ¡Cuánto calvario me habría ahorrado si nunca hubieran llegado a nacer! ¿Para qué? Tres hijos... tres desgracias: la puta, la tonta y el maricón. *Deus meu!*, ¿no había mayor humillación para una madre? Por culpa de ellos toda la vida agachando la cabeza, llena de vergüenza y notando la mofa de todo el mundo: «*Pobre Balbina! Tres fillos: a puta, a idiota e o maricón. Que deshonra para esa casa! Si Euloxio levantase a cabeza...*».

—*Nai, nai, a rapaza xa está en camiño?*

—*Si, Neves, si, xa está en camiño.*

—*Que alegría vela! Que alegría vela! Que alegría vela! A rapaza está en camiño! A rapaza está en camiño! A rapaza está en camiño!*

«¡Dios, me va a volver loca! ¿Qué hará esta desgraciada cuando vea a Paula? A veces dudo que haya hecho bien en llamarla. ¿Hubiera sido mejor que hubiera venido su hermana? ¡No! Tenía que ser ella; era la que más unida estaba a su madre y la que más odio me tiene. ¡A mí! ¡A esta pobre anciana! *Virá receosa e á defensiva*. Habrá hecho todo lo posible por quedarse en Barcelona, pero yo lo dejé bien claro: «Solo a Paula le explicaré el motivo de mi urgente llamada y, si decide no venir, la información, que tanto os interesa a todos, se irá conmigo a la tumba...». Seguro que sus hermanos deben estar pensando que les voy a dar poco menos que el mapa de un tesoro escondido debajo de algún roble milenario. *Pobriños!* Aunque... no van tan desencaminados. La ambición ya no les va a dejar vivir en paz hasta que su hermana regrese. Si regresa... ¡Ja, ja, ja! ¡Si regresa...!».

—¿Cómo que a Bexonte? ¿Por qué? El día 15 tengo que ir a Larouco, hace un mes que les dije que haríamos la Misa de la Santa. Llevan mucho tiempo ensayando cantos y hasta una especie de escena religiosa. ¿Qué pasa en Bexonte que sea tan urgente?

—Hace unos días me vino recado de la señora Balbina, la de la chica retrasada... ¡Ya sabe!

—Ahora mismo no caigo, veo cientos de caras y cientos de nombres; no sé de quién me habla, Antoñina.

—Sí, padre, sí, si la conoce de sobras: la de la casa grande que está abajo del todo de la iglesia. La que es toda roja.

—¡Ah, ya recuerdo! La señora que lleva a la hija atada de la mano con un pañuelo cuando están en la iglesia.

—¡La misma! Tres hijos tuvo, y cada uno de ellos una tremenda historia. Una de ellas se tuvo que ir del pueblo por...

—No me interesa, Antoñina; solo quiero saber por qué tengo que hacer caso a esta señora, dejar la Misa en Larouco y hacerla en Bexonte. ¿Se casa alguien?

—No, no, nada de eso, padre. Quiere que haga usted la misa porque le llega la forastera. Bueno, no es forastera exactamente, es una nieta: la hija de la hija que se tuvo que ir del pueblo por...

—¡Que no soporto los cotilleos! Pero sigo sin comprender la necesidad de que haga yo la misa. No se puede cambiar así como así la agenda de la iglesia; cada domingo hay que estar donde toca y con un orden, y a Bexonte le toca el domingo que viene y no de aquí a dos semanas. De modo que dígame a esa señora que iré el domingo

que corresponda, y que si quiere ir con su nieta a misa que se acerque a Larouco o a Freás, que allí la dará el Padre Luis Alberto.

—¡Qué majo es! ¿Verdad? Fue una suerte que le destinaran por aquí. ¿De dónde me dijo que era?

—De Honduras, y gracias a Dios que en estos países americanos todavía sigue habiendo vocación y nos los van enviando, que si no...

—¡Qué razón tiene! Yo me acuerdo de cuando era *nena, nena*, que tener un hijo cura era casi un motivo de orgullo.

—De orgullo y de descanso para la familia, porque al menos el rapaz que se iba al seminario, algo tenía para llevarse a la boca, y liberaba un poco las necesidades de la casa. Pero Antoñina, no nos salgamos del tema: dígame a esa señora que no puede ser ese domingo.

—No puedo, ya le di *a miña palabra*.

—¿Por qué?

—¿Trescientos euros le parecen una buena razón?

—¿Trescientos euros por una misa? ¿Va a dar trescientos euros?

—No, no los va a dar; ya los dio, y los tengo guardados debajo del San Judas.

—¡Madre mía, esto es un disparate! No puede aceptar dinero por un capricho de una feligresa. No nos vendemos, Antoñina; hay unas normas y...

—Con todos los respetos, padre Rafael, ese dinero va a venir muy bien para tapar algún agujero (y nunca mejor dicho), por ejemplo de la misma sacristía de Bexonte, que el día menos pensado cuando se esté cambiado de casulla se le va a caer encima... Es un donativo a la iglesia, nada más. Lo cogí pensando que haría bien; por lo visto para ella es muy importante esa misa. ¿No podría



encontrar un huequecito? Total, si acelera un poco la celebración y acorta el sermón... media horita de nada; y trescientos euros por media hora...

—Está bien, veré cómo lo puedo arreglar; pero que sea la última vez que acepta algo así, y mucho menos sin consultármelo antes.

—Sí, sí padre, no se preocupe; si hay próxima vez (que no creo), antes lo busco y se lo pregunto.

—De todas formas, intente averiguar si hay que hacer o decir algo especial. Ya sabe, alguna mención a alguien, o...

—Sí, ya preguntaré... Por cierto, ¿ha visto cómo está el desvío? Ayer pasé con la camioneta de Mauro, que aprovechando que iba a la capital, le dije que me llevara para recoger unas pomadas especiales en la farmacia que le hacían falta a Vicente para las piernas, que ya sabe usted cómo las tiene de mal, por la circulación: cualquier día de estos hay que cortárselas.

—¡Qué exagerada es!

—Nada de exagerada, si usted se las viera... empiezan a estar ya negras.

—¿Cómo, negras...? ¿Necrosas?

—«*Negrosas*», sí. Claro que también puede que haya algo de roña, porque el agua y él...

—Pues asegúrese bien, que hay mucha diferencia entre piernas «*negrosas*» por la suciedad y...

—¡Por la roña!; dígalo tranquilo, padre. Vicente es muy buen hombre, pero un poco *porco*.

—Bueno, pues hay diferencia entre «*negrosas*» y necrosas. Controle de dónde le viene el color, no sea que un día tengan que correr. Me voy ya, que llego tarde a...

—Espere, que le estaba contando lo del desvío.

—¡Es verdad! Como habla usted tanto, pierdo el hilo.

—¡Ay!, porque sé que me lo dice con cariño, padre; que si no... ¡Mire que es malo! Pues eso, que venía con *el* Mauro y casi no podemos llegar al desvío de Bexonte porque está con las obras esas de la carretera. Da hasta miedo pasar por ahí. A ver si se nos va a caer la montaña encima.

—Seguro que lo tienen controlado.

—¡Ya, controlado! No será la primera vez que nos quedamos incomunicados porque se cae un trozo. Y si se corta el desvío, ya me explicará usted por dónde se pasa: no hay más *camino* que ese.

—Confíemos en que saben lo que hacen; si queremos estar mejor comunicados tienen que hacer más carreteras, y solas no se construyen.

—Bueno, si usted lo dice, habrá que tener fe, ¿eh, padre?

—¡Exactamente! Antoñina, nos vemos mañana, y averigüe algo de esa famosa misa.

—Le digo en cuanto hable con Balbina...

—¡Espere, espere! Ahora que me acuerdo... mañana tengo que ir a Bexonte. Se me había olvidado por completo. Mañana es día 2, ¿verdad?

—Sí padre, lunes 2 de noviembre. ¿Qué se le olvidó?

—Hace unos días, María, la maestra, me preguntó si la podía ayudar a mirar unos papeles que le había mandado la Xunta, por lo de las becas de este año, y quedamos para el día 2. Es cierto... ¡Qué cabeza tengo!

—Pero, ¿no lo pueden mirar aquí en la escuela? ¿Se tiene que ir allí? —le preguntó extrañada.

Los niños de Bexonte, como otros muchos de diferentes aldeas o pueblos pequeños, iban a la escuela de Veigain, donde también estaba la parroquia del sacerdote.